

LA CRISIS EN PSICOLOGÍA SOCIAL: ELEMENTOS PARA LA DISCUSIÓN EPISTEMOLÓGICA DEL CONCEPTO DE CRISIS

Magí PANYELLA I ROSÉS
Luis RODRÍGUEZ GABARRÓN*

RESUMEN

¿Existe una crisis en la Psicología Social actual? ¿Cuáles son sus principales factores? ¿Es una crisis epistemológica? Este artículo presenta un breve desarrollo de los principales argumentos que afirman o niegan la existencia de una situación crítica dentro del campo de la Psicología Social; también se incluyen algunas reflexiones ideológicas y epistemológicas acerca del problema. Los argumentos expuestos se vinculan principalmente a dos factores emergentes: la carencia de relevancia social en la investigación psicosocial y la polémica situación paradigmática. Ambos factores poseen un significado especial, en tanto que «mudos relacionales», para la dinámica de la crisis, y ponen de relieve el momento transicional para la Psicología Social.

ABSTRACT

Is there a crisis in modern Social Psychology? Which are the main factors of it? Is it an epistemological breakdown? This article shows a brief development of the principal arguments —accepting or denying— the existence of a critical situation in the field of Social Psychology; it also includes some epistemological and ideological reflections about

* Jefe del Departamento de Desarrollo Humano. Delegación Veracruz Norte del Instituto Mexicano del Seguro Social.

the problem. The exposed arguments are linked with two main emergent factors: the lack of social relevance in psychosocial research and the polemical paradigmatic situation. Both factors, with a special «relationship knot» significance to the crisis's dynamics, displaying a transitional moment for the Social Psychology, that is, from «modern» to «post-modern» sciences.

¿EXISTE CRISIS EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL?

Es esta una pregunta que se nos viene a la mente al revisar autores que tratan el tema, y no parece fácil dar una respuesta, afirmativa o negativa. Ello por varias razones: porque afirmar o negar la existencia de una crisis en la disciplina implica cierta ambigüedad, porque cualquier toma de posición al respecto pone en evidencia los condicionantes que subyacen, inclusive, por las ambivalencias del vocablo «crisis» que casi parece sinónimo de catástrofe o de fracaso.

Según el Diccionario de la Lengua Española (Real Academia Española, 1970, p. 379), «crisis» es: «Mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse ya para agravarse el enfermo.// Por ext., momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes». Podríamos aplicar el primer significado a la situación actual, por cuanto aparece la referencia a mudar o cambiar aunque no sea en un contexto literal de enfermedad¹. Salvando esta última connotación, consideramos que el significado del término que proporciona el diccionario describe la situación como la plantean algunos autores: un momento decisivo y de consecuencias que serán importantes para el rumbo que tome la Psicología Social en un futuro inmediato. Sin embargo, la discusión no gira alrededor del término y sus connotaciones añadidas, sino más bien sobre la existencia de una crisis en el seno de la disciplina, así como de los elementos que la componen.

¹ Sin embargo, a esta posibilidad se aproxima Alan C. Elms (1975) cuando habla no de la Psicología sino de los psicólogos sociales con problemas de autoestima (*self-esteem*) o de identidad, para los cuales recomienda algunos consejos psicoterapéuticos tradicionales a manera de incrementar su seguridad personal (*self-confidence*).

Polarizar el debate en dos posturas fundamentales es una manera de simplificar el juego de los argumentos, bien a favor bien de rechazo de la situación crítica. Entre los argumentos que la niegan se encuentra el de que no es del todo procedente hablar de crisis en una disciplina que está en «vías de desarrollo», y que, en última instancia, el término se debe considerar como «la búsqueda confusa de un paradigma en una situación de preocupante desorientación» (BLANCO, 1980, p. 159). En la misma línea, se argumenta que no es fácil detectar los síntomas de una crisis al sondear la literatura científica en el campo. Esta última está desarrollando nuevas teorías y áreas de investigación, está dando impulso a teorías tradicionales y reabordando los problemas clásicos, por lo que el quid de la cuestión estaría en las dudas personales de los psicólogos sociales o en su inconformismo. Sin embargo, es innegable que algunos problemas metodológicos configuran también una crisis de falta de confianza-en-sí (*self-confidence*), derivada de que las expectativas demasiado elevadas no se han visto confirmadas, y debida, además, a las presiones de la crítica pública. Dudas y problemas semejantes son manifiestos en otras áreas de la Psicología también, así como en otras disciplinas colindantes: Sociología, Antropología, Economía (ELMS, 1975, p. 978).

Desde el polo opuesto, es difícil disimular la existencia de un estado de crisis dentro de la Psicología Social. Inclusive que esta crisis sea de «crecimiento» y, por tanto, una crisis fecunda y no patológica, como dice Althusser (1975, p. 76) a propósito de Lenin. Para el mismo Althusser estas crisis se dan *cuando en un momento dado de su desarrollo una ciencia choca con problemas científicos que son irresolubles por los medios teóricos existentes*. Bien puede ser que la confrontación entre el nuevo problema y el instrumental teórico haga brotar la contradicción, pero ello no tiene por qué implicar necesariamente un desmoronamiento de edificio teórico. Al menos, no consideramos que la situación llegue a tal extremo en la Psicología Social. En lo que estamos de acuerdo con la argumentación althusseriana es en el hecho de que su concepción de las crisis en las ciencias puede aplicarse a la situación que aquí se analiza, aunque la explica solo parcialmente, como se verá en argumentos subsecuentes. También coincidimos en que tales situaciones —consideradas como problemas a resolver— no tienen mayor dramatismo que el que le imprimen algunas reacciones de los científicos involucrados y su «crisis filosófica particular».

Así pues, es posible que buena parte de la crisis se deba a que la Psicología Social ha topado con uno de esos «obstáculos epistemológicos», tanto en lo metodológico como en lo ideológico, lo cual más que a negar

la existencia de la crisis, nos induce a negarle sus connotaciones de corte catastrófico. Nuestra postura es a favor de la presencia de una crisis situacional, y vamos a argumentar en esta línea esbozando los factores que la configuran y sobre los que parecen estar de acuerdo las publicaciones especializadas sobre el tema.

¿QUÉ FACTORES CONFIGURAN LA CRISIS?

Los componentes —y sus facetas— que entran en el cuestionamiento de la Psicología Social son muy diversos. Vamos a agruparlos en unidades funcionales (que llamaremos factores) y que por su relevancia, en el desarrollo del debate, son notorios.

El problema de la intrascendencia social de la investigación y de sus resultados constituye, posiblemente, uno de los principales ejes dinámicos en la configuración de la crisis. Aún más: se puede aceptar que sea el factor «disparador» con que se inicia el coro de manifestaciones que acentúan su importancia. El factor «relevancia social» se vincula frecuentemente con otras facetas de la crisis, y ha emergido como uno de los más dignos de consideración. Incluso ha logrado convertirse en uno de los más serios frustrógenos, un obstáculo que se interpone en el progreso hacia un dominio comprensivo del fenómeno social mediante el paradigma científico moderno.

Sobre el inicio del conflicto, A. Blanco Abarca (1980, p. 159) nos dice: «A partir de los años sesenta, y coincidiendo precisamente con eventos especialmente significativos de esa década, ha venido apareciendo en la literatura psicológica una serie de manifestaciones que se hace eco de la crisis de esta disciplina». Con anterioridad a tales eventos significativos, la Psicología había tenido un explosivo crecimiento en su área social, predominantemente en el ámbito del laboratorio. Durante las décadas de los años cincuenta y sesenta, los psicólogos sociales albergaban un fuerte sentimiento de entusiasmo y seguridad, actitud que alcanzó su clímax, según los especialistas norteamericanos (ELMS, 1975, p. 967), a fines de la Segunda Guerra Mundial, durante la cual se habían conseguido considerables éxitos metodológicos y de relevancia social. Al finalizar la década de los sesenta, se da una violenta confrontación con los fenómenos sociales que conmocionaron a una considerable serie de países americanos y europeos, y que exigían la activa participación de la Psicología Social en el estudio y trata-

miento de este tipo de problemas con especial dimensión social². Por supuesto el reciente desarrollo científico de la disciplina dentro del laboratorio no permitía aprehender en el mismo paradigma este tipo y dimensión de conflictos, ya que le eran ajenos. Esta situación, aunada a las presiones, o más bien a la demanda de soluciones a cuestionamientos de corte ideológico, impone finalmente el factor «relevancia social» en el seno de la Psicología Social. La crisis se generaliza, entonces, en la comunidad de psicólogos sociales. Con este factor se vincula —en tanto que elementos con-causales— una serie de aspectos, en una línea definida dentro del discurso crítico general.

Para F. Jiménez Burillo (1977) esta frivolidad en los temas objeto de investigación, esta irrelevancia social, es uno de los determinantes causales de la crisis. Para A. Rodríguez González (1977) más que un determinante, es el componente principal, el esencial, de la precaria situación que vive la Psicología Social en la actualidad. La falta de potencial explicativo, sobre fenómenos que han desbordado la teoría y la metodología, se relaciona con la menguada capacidad de generalización de los resultados obtenidos mediante la investigación experimental en el laboratorio, esto es, con su poca validez externa.

Por su parte, la crítica ideológica rebaja la importancia y la adecuación social de la producción de conocimientos psicosociales. Este proceso se encuentra fuertemente predeterminado por las instituciones que lo protegen en su inicio, y que son las que marcan las líneas de profundización (HOUSE, 1977, p. 162). El proyecto mismo se encuentra ligado a la demanda social y a una ideología dominante, a la cual aporta su aparato técnico y su armazón teórico (DELEULE, 1972, p. 47) operando, en última instancia, como parte del aparato ideológico del Estado que tiene el «encargo social» de evitar el recurso a la violencia física de los aparatos represores. Se trata, pues, de una tecnología de control social para prevenir problemas en la estructura que sostiene a los que detentan el poder (Braunstein *et al.*, 1979, p. 361). «Cuando la Psicología Social comience a ser peligrosa, comenzará a ser una ciencia», nos dice desde otra perspectiva Serge Moscovici (1972, p. 66)

² El haber vivido, precisamente como universitarios, los hechos violentos que culminaron el 68 en Tlatelolco, ciudad de México, nos permite testimoniar la importancia sociopolítica de su impacto y las repercusiones que se han desarrollado en diferentes ámbitos de la Psicología, de las universidades y de la sociedad. Cf., por ejemplo, Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*; o en Francia, Edgar Morin (1982): «Para mí, el mayo del 68 es un nuevo comienzo».

en su manifiesto en contra de los criterios del modelo norteamericano para decidir lo que es científico y lo que no lo es; criterios que, ciertamente, silencian los temas más conflictivos y, por ende, «los más relevantes desde el punto de vista social» (BLANCO 1980, p. 168). De aquí arranca un replanteamiento de los criterios selectivos para decidir y determinar (antes de considerarlos como objeto de estudio) qué problemas son de «carácter científico» o si se encuentran dentro del campo metodológico.

Ahora bien, el seleccionar los problemas científicos para su análisis psicosocial en base a su relevancia social cuenta, por una parte, con la ventaja de hacer partícipe a la disciplina de los acuciantes problemas colectivos de la actualidad. Tal puede ser el caso de las baterías que se encuentran enfocadas hacia el problema del *cambio social*, su naturaleza, principios, directrices. Sin embargo y, por otra parte, el cuestionamiento ideológico introduce un nuevo factor de complejidad en el tema de la relevancia social, puesto que los diversos matices existentes se antagonizan al definir lo que es y lo que no es socialmente relevante. Es decir, necesariamente, el plantearse preguntas como «relevancia ¿para quién?», o «cambio social ¿hacia dónde?», convierte de inmediato la respuesta en una postura ideológica a adoptar, implícita o explícitamente, lo que ciertamente nos vincula a la tesis novena de Castells y De Ipola (1975, p. 160): «En toda práctica científica figuran siempre elementos ideológicos ya como coadyuvantes, ya como obstáculos epistemológicos».

Dentro de esta línea de explicación e interpretación althusseriana, el factor «relevancia social» se podría plantear como «obstáculo epistemológico», definido este de la manera siguiente: «Todo elemento o proceso extracientífico que, *interviniendo en el interior de una práctica científica*, frena, impide o desnaturaliza la producción de conocimientos»; queda, pues, definido por su *funcionamiento/efectos*, y no por su naturaleza y origen (CASTELLS y DE IPOLA 1975, p. 152).

Existen aún otros aspectos que relativizan aún más las posibilidades de conjugar relevancia social e investigación psicosocial. El que una circunstancia emergente adquiera importancia colectiva depende de complejas especificidades socioculturales y/o de tipo histórico-circunstancial; en otras palabras, surge aquí la problemática historicidad del objeto psicosocial que Gergen (1973) ha destapado provocando un fuerte debate. En efecto, una Psicología Social que se dedica a la sistemática explicación de los episodios contemporáneos, cuyos datos son mayoritariamente irrepetibles y varían considerablemente con el tiempo, no pasa de ser un informe histórico, y se impide a sí misma desarrollar una teoría general con leyes nomotéti-

cas, generales, objetivas, que trasciendan el aquí y ahora. En estas condiciones, la teoría social se establece bajo circunstancias singulares y en continua alteración. Los seguidores de Gergen generalizan el problema, más allá de la Psicología Social experimental, a toda la Psicología y a toda ciencia como fenómeno sociocultural y relativo (SAMPSON, 1978). El ejemplo más pertinente son las afirmaciones que Kinsey hace sobre el comportamiento sexual en 1948, ninguna de las cuales subsiste en el informe Hunt de 1978. Aunque Gergen llega a aceptar la posibilidad de obtener leyes nomotéticas, aclara que quedarían vacías de contenido por ser este siempre histórico. El destino de la disciplina queda reducido a la trivialidad de una «crónica científica». Por supuesto, la argumentación que se le enfrenta es tan amplia como el propio debate, que parece cobrar actualmente nuevos bríos (GARRIDO, 1982). Lo cual no hace sino intensificar la crisis, pero obliga, a la vez, a tomar en cuenta seriamente la historicidad del comportamiento social como parte de la caracterización del objeto psicosocial y como parte de los problemas a resolver por el método. Esto incluso desde el momento de la implementación de los procedimientos encaminados al estudio, procesos, fenómenos o sistemas sociales que son *miniaturizables* para procesamiento en el laboratorio y en un momento preciso del tiempo. Ahora bien, como dice Deconchy (1981, p. 331), al despojarlos de su dimensión histórica y de las operaciones ideológicas subyacentes, tales procesos pierden su carácter esencial: se los desnaturaliza.

Como consecuencia de todo lo anterior, el factor de «relevancia social» viene a ser como un «nudo relacional» apto para un amplio planteamiento que centre el debate y que provoque el discurso crítico intradisciplinario. Este factor no es el único, y se vincula con otros factores emergentes en diferentes niveles de la crisis, lo que hace difícil su delimitación clara. Sin embargo, a nuestro entender, dinamiza en buena parte el surgimiento de otros factores que se ponen de relieve con mayor rapidez; tal es el caso, en extremo importante para la dinámica de la crisis, del «factor paradigmático».

En relación a la situación paradigmática de la Psicología Social³, lo publicado se puede expresar en base a términos «bibliométricos», como lo percibe Ibáñez (en prensa). Para este autor, es el núcleo duro de la crisis, se-

³ Confrontar la bibliografía al respecto, correspondiente al curso de doctorado: *La crisis paradigmática en las ciencias humanas, en especial la Psicología Social*, del profesor Tomás Ibáñez Gracia, por parte de la Universidad Autónoma de Barcelona, cursos 1981-1982 y 1982-1983.

gún la están vivenciando los psicólogos sociales. Él plantea, básicamente, dos dimensiones o ejes en el actual cuestionamiento de la metodología experimental desarrollada por la disciplina: la dimensión ético-utilitarista, que es la que se siente interpelada por el tratamiento de que son objeto los sujetos experimentales (engaño, manipulación), y la que se preocupa por contribuir a solucionar los problemas sociales. La otra dimensión crítica se centra en la *validez* de los resultados experimentales, y se enfrenta a tres tipos de fallos. El primero es la falta de validez por defecto de control de variables importantes relacionadas con el *sujeto*, bien por su carácter de participante voluntario o bien por el tipo de sujeto (frecuentemente estudiantes), o también, porque no está informado del objetivo del experimento, o quizá por el hecho de que el sujeto, al entrar en el laboratorio, preserva sus representaciones sociales *in mente* y sus grupos de referencia. Estos fallos de control se pueden relacionar también con el experimentador, ya que sus características personales y sus expectativas influyen en la conducta de los sujetos, así como el desarrollo del experimento y sus resultados («efecto Rosenthal», «*experimenter bias*», «*experiment-effect*»). Asimismo, aparecen fallos de control debidos a la propia *situación experimental*, ya sea por las incitaciones o indicios no controlados, que solicitan –por decirlo así– la producción de resultados en el sentido deseado (efecto Orne), ya sea por los efectos que provoca sobre la conducta del sujeto la misma situación experimental en virtud del estatus que ocupa la ciencia en nuestras sociedades («efecto Milgram»).

El segundo tipo de fallo se refiere a la carencia de validez por la «marginalidad ecológica» de los resultados experimentales, lo cual hace referencia al cuestionamiento crítico sobre la representatividad y la importancia de los fenómenos y situaciones investigadas. En el concepto de «marginalidad ecológica» se condensa, de una manera especialmente gráfica y globalizadora, el aislamiento histórico-social que conlleva el estudio de la conducta exclusivamente mediante diseños experimentales de laboratorio. A este respecto, el profesor Ibáñez menciona «la pobreza del balance» del enfoque neoconductista, tras cincuenta años de arduas, serias y costosas investigaciones (IBÁÑEZ, en prensa). Finalmente, el tercer fallo sería la carencia de validez por la incompatibilidad que se da entre el método utilizado y el objeto investigado, carencia esta que se destaca por su *carácter fundacional* como de mayor gravedad. En este punto se plantea la hipótesis (IBÁÑEZ, 1982, pp. 163-164) de que «...existe una contradicción fundamental entre, por una parte, el marco epistemológico asumido explícita o implícitamente por la Psicología Social y, por otra parte, la naturaleza misma de su objeto.

Los supuestos epistemológicos pertenecen a la ciencia *moderna*, mientras que su objeto es del tipo que tratan las disciplinas postmodernas y, más concretamente, del tipo termodinámico. Esto introduce ineficacias, distorsiones y esterilidades, todo lo cual marca a la Psicología Social de la actualidad.

Esta postura metateórica nos depara una perspectiva amplia sobre la crisis, y perfila un marco conceptual y una interpretación de carácter epistémico. La causa de la crisis se encuentra en el paradigma general de la ciencia moderna (galileo-newtoniano y, en parte, einsteniano), que ya es insuficiente para la explicación de la realidad física e inadecuado para el objeto de las ciencias sociales. Por un momento se podría pensar que tal incompatibilidad entre el método y el objeto se asemeja a lo que Althusser, a propósito de las crisis en la ciencia, describe como una *contradicción* entre el nuevo problema y el método establecido. Sin embargo, aquí se plantea no como un problema a resolver por la vía del método anterior sino más bien como una nueva caracterización o definición del *objeto* de la Psicología Social, el cual requiere otro método, que es el correspondiente al paradigma emergente en las ciencias postmodernas. Si esto implica una crisis, esta es una «crisis crónica» que persiste de modo latente al ritmo de la producción de conocimientos científicos (Ibáñez, en prensa).

Se puede además afirmar que es un «falso problema» plantear como «crisis paradigmática» la situación actual de la Psicología Social, puesto que si nunca se ha dado un paradigma caracterizado por la aceptación generalizada de la propia comunidad científica, no es posible que en la actualidad se esté cambiando *el* paradigma por otro nuevo, ya que la situación se definiría, en términos kuhnianos, más bien como la de un estadio preparadigmático (IBÁÑEZ, 1982; ELMS 1975, p. 970).

Así pues, las contundentes críticas al «viejo paradigma» y los cuestionamientos referentes a la actual situación epistémica configuran nuestro segundo «nudo relacional»: el factor paradigmático.

Consideramos que ambos factores, tanto el de «relevancia social» como el «paradigmático» son de carácter concausal en la dinámica de la crisis. Pero además de ser causa, son también efecto, en un momento dado y en un contexto determinado. En tal situación, estos factores se vinculan con otros componentes en juego; por ejemplo, la *fragmentación disciplinaria* de la Psicología Social en Psicología Social «psicológica» y Psicología Social «sociológica», con sus ramificaciones internas cada una de ellas. Como dice House (1977), a propósito de este crecimiento en forma de islas, esta doble afiliación y doble orientación desde su nacimiento es fuente de ten-

siones constantes, prácticamente consustanciales a la disciplina, que han abocado a una parcelación teórica. Es este un problema que afecta, directamente, a las posibilidades de unificar y de lograr el consenso de los psicólogos sociales alrededor de un mismo paradigma, y que llevaría a superar así el estadio preparadigmático y la calificación de «ciencia en vías de desarrollo». Estas parcelas intradisiplinarias conllevan también el problema del conflicto con el poder, como sucede con la polémica —a veces visceral— entre estudios de laboratorio y estudios de campo. Tal polémica, según lo expresa A. Blanco (1980, p. 161), es causa no solo de la crisis sino también de la impotencia creativa que caracteriza los últimos quince años. Al respecto, coincide con K.J. Gergen (1978) que acusa a la Psicología Social de una «carencia de potencia generativa», es decir, de una falta de teoría generadora de planteamientos que cuestionen y eventualmente modifiquen las directrices o pautas culturales cotidianas, y que ofrezca nuevas pautas o alternativas comportamentales, como ha sido el caso de la teoría freudiana y sus repercusiones. La responsabilidad de esta carencia (que Gergen plantea extensamente) recae en el compromiso de la Psicología Social, con los presupuestos tradicionales del positivismo. Cuando la mirada del hombre topa consigo misma, surgen las dificultades. Cuando por primera vez después de muchos siglos de ignorancia el hombre deviene objeto de estudio para el hombre, la aplicación de los principios y fundamentos de las ciencias de la naturaleza deja de ser sencilla e inamovible. Cuando la experiencia material y reproducible, la mirada «científica» que regimamente se cernía sobre los objetos se dirige hacia el individuo o el grupo y se vuelve personal, deja de ser una mirada lejana y pretendidamente objetiva, «neutra y limpia», se vuelve subjetiva, anclada en el presente, sumergida en el caos de la acción, de las incongruencias de la cotidianeidad y de la propia existencia humana; se vuelve, en cierta medida, impotente para la explicación e interpretación de este fenómeno llamado hombre, individual o colectivamente considerado.

La reflexión, el discurso sobre el hombre, no cabe en un espacio tan estrecho y rígido como es el de las cuatro reglas positivistas, un espacio donde el idealismo experiencial no deja lugar para otras concepciones, donde la experiencia como única propiedad del mundo se mueve independientemente del concepto mismo de conocimiento y de la reflexión sobre si este es posible.

La Psicología Social, como en parte todas las otras ciencias sociales, se ha movido y desarrollado en un estado de crisis perpetua desde su fundación, como consecuencia y como excusa de su doble filiación, sociológica y

psicológica. La cuestión, sin embargo, viene de lejos y tiene otro alcance que llega a la genealogía del pensamiento y de la reflexión del hombre sobre sí mismo a través del lenguaje: reside en la negativa a aceptar que cuando se habla de algo humano, de alguna actividad o acción humanas, el discurso y las posibilidades de conocimiento no son las mismas que en las ciencias de la naturaleza. El investigador de la experiencia, el creador de prótesis en forma de instrumentos de medida que permiten «hacer ciencia» basada en la percepción consensuada de la realidad, el «amo del mundo», se vuelve un ser vacilante y empieza a dar vueltas y vueltas, a tildar de vacíos y metafísicos ciertos conceptos y teorías, y a refugiarse en la técnica de la medida y de los hechos observables como explicación del comportamiento humano. Es decir, a construir una ciencia de la conducta observable, no una ciencia del hombre.

Bibliografía

- ALTHUSSER, L., 1967, *Curso de filosofía para científicos*, Laia, Barcelona.
- BLANCO, A., 1980, «La Psicología Social: desorientación y aplicación a la realidad española», *Revista Española de Investigación Sociológica* 12, pp. 159-194.
- BRAUNSTEIN *et al.*, 1979, *Psicología: Ideología y Ciencia*, Siglo XXI, México.
- CASTELLS, M. y DE IPOLA, E., *Metodología y Epistemología de las ciencias sociales*, Ayuso, Madrid.
- DELEULE, D., 1972, *La Psicología: mito científico*, Anagrama, Barcelona.
- DECONCHY, J.P., 1981, «Laboratory experimentation and social field experimentation: An ambiguous distinction», *European Journal of Social Psychology* 11, pp. 323-347.
- ELMS, A.C., 1975, «The crisis of confidence in Social Psychology», *American Psychologist*, octubre, pp. 967-976.
- GARRIDO, E., «La Psicología Social, cronista científica», *Revista de Psicología General y Aplicada* 37, 3, pp. 569-583.
- GERGEN, K.J., 1973, «Social Psychology as History», *Journal of Personality and Social Psychology* 26, pp. 309-320.
- , 1978, «Toward generative theory», *Journal of Personality and Social Psychology* 36,11, pp. 1344-1360.
- HOUSE, J.S., 1977, «The three faces of Social Psychology», *Sociometry* 40,2, pp. 161-177.
- IBÁÑEZ, T., 1982, «Aspectos del problema de la explicación en Psicología Social», *Revista de Psicología General y Aplicada* 37,1, pp. 161-171.
- , 1983, *La crisis de la Psicología Social: apuntes para una lectura*, documento policopiado, Barcelona.
- JIMÉNEZ, B.F., 1977, «Sobre algunas cuestiones de la Psicología Social actual», *Revista Española de la Opinión Pública* 47, pp. 139-146.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, 1970, *Diccionario de la Lengua Española*, Espasa-Calpe, Madrid.
- RODRÍGUEZ, G.A., 1977, «Psicología Social: perspectivas después de una crisis», *Revista de Psicología General y Aplicada* 32, pp. 849-862.
- SAMPSON, E.E., 1978, «Scientific paradigms and social values: Wanted a scientific revolution», *Journal of Personality and Social Psychology* 36, pp. 1332-1343.
- MOSCOVICI, S., 1972, «Society and Theory in Social Psychology», en J. ISRAEL y H. TAJFEL (eds.), *The context of Social Psychology. A critical Assessment*, Academic Press, Nueva York.